

04

Cultura y espacio urbano.

Pensar, construir y habitar la calle.

Pensar
Construir
Habitar

El espacio público es una herramienta privilegiada para la puesta en escena de las experiencias de lo urbano. Es el lugar para la complejidad, heterogeneidad social, cultural y la calle como el campo de articulación de intereses diferenciados y de convalidación colectiva.

Un sitio se hace lugar, a partir de la apropiación cultural que la gente hace de él, desde *el pensar, el construir y el habitar*.

Pensar el espacio público significa considerarlo como estructurador y ordenador de la ciudad.

Se hace necesario pensarlo desde la posibilidad de incrementar valores de inclusión; allí se producen los encuentros, se socializan, se realizan como ciudadanos y como sujetos políticos de una democracia.

Construir en el espacio público, se introduce en la esfera del hacer y en la necesidad de reflexionar sobre el cómo hacer. Es posible hacer más con menos, la austeridad formal y material tiene hoy valor de compromiso ético con la sociedad.

Habitar en el espacio público es complejo. A partir de la apropiación social, del ser vividos y usados, es que los mismos adquieren su verdadera dimensión. Estos se transforman cada vez más, en el escenario crítico de una sociedad de consumo masificada y excluyente.

Se presenta la ciudad como el escenario de la cultura y sus espacios públicos, como lugares claves en la construcción de la trama social, como marco para la conformación de identidades.

Public space is a privileged for the staging of urban experiences. It is the complexity, social, cultural heterogeneity and the street as the articulation of different interests and collective recognition.

A site is place of cultural appropriation that people make him, thinking, building, and the living.

Think public space means as arranger and computer of the city.

It is necessary to think about it from the possibility of increasing values of inclusion; there encounters occur, they socialize, as citizens and as political subjects in a democracy are performed.

Build in public space, is entered in the field of the make and the need to reflect on how to do. It is possible to do more with less, the material and formal austerity has today value of ethical commitment with the society.

Inhabit public space is complex. From the social appropriation be lived and used, is that they acquire its true dimension. These become increasingly critical stage a mass consumer society and exclusionary.

The city as stage culture and its public spaces as key locations in the building of the social fabric as a framework for the formation of identity is presented.



Autores

Arq. Mariela Szpac

Arq. Cecilia Ferrero

Arq. Bibiana Rezzoagli

Arq. Costanza Galati

Proyecto de Investigación

La calle: escenario vital del

paisaje urbano contemporáneo.

Transformaciones y permanencias

Estrategias proyectuales en áreas

de renovación urbana de la ciudad

de Rosario

Dir.: Arq. Daniel Esteban Vidal

Grupo de Investigación:

Arq. Cecilia Ferrero

Arq. Bibiana Rezzoagli

Arq. José Luis Ruani

Arq. Mariela Szpac

Arq. Miguel A. Garaffa

Arq. Costanza Galati

Lic. María del Carmen Carreras

Secretaría de Ciencia y Técnica

Universidad Nacional de Rosario

Palabras clave

Cultura

Espacio público

Encuentro

Reflexión

Social

Key words

Culture

Public space

Meeting

Reflection

Social

El espacio público en la ciudad es una herramienta privilegiada para la puesta en escena de las experiencias de lo urbano. Es el lugar para la complejidad y heterogeneidad social, cultural y de la arquitectura.

Dentro del mismo se presenta la calle como campo de articulación de intereses diferenciados y de convalidación colectiva, como objeto de estudio útil para revisar las mediaciones entre la arquitectura y la ciudad.

La recuperación para la agenda pública de los conceptos de calle, plaza, parque, entre otros elementos que conforman el espacio público, es de fundamental importancia para actuar en la ciudad. Se podría decir que un sitio se hace lugar a partir de la apropiación cultural que la gente hace de él, desde *el pensar, el construir y el habitar*.

Pensar el espacio público significa considerarlo como estructurador y ordenador de la ciudad, en un difícil equilibrio entre la macrorred de vinculación y conectividad y la microrred de encuentro y espacios de socialización.

Se hace necesario pensarlo desde la posibilidad de incrementar valores de inclusión porque allí se producen los encuentros, se reconocen las personas, se socializan, se realizan como ciudadanas y como sujetos políticos de una democracia. *Polis* y política se conjugan en el espacio público.

El concepto de calle es constitutivo del hábitat social de toda clase de agrupamiento comunitario. No hay idea de ciudad y urbanidad sin la vigencia de la calle. Es un enlace topológico que permite eslabonar y relacionar los puntos de acceso a las privacidades que inevitablemente se entrelazan en ellas.

Las experiencias de lo urbano se basan en la vida pública urbana: el centro de las indagaciones lo constituye la calle. No se la debe considerar como mero espacio circulatorio sino como núcleo vital de la ciudad, como definición de la vida y cultura urbana: *«Las calles y las aceras son los principales lugares públicos de una ciudad, sus órganos más vitales. ¿Qué es lo que se nos viene a la mente al pensar en una ciudad? Sus calles, cuando las calles de una ciudad ofrecen interés, la ciudad entera ofrece interés, cuando presentan un aspecto triste, toda la ciudad parece triste»* (Jacobs, 1967).

La calle es el espacio de contacto e intercambio, no sólo de bienes y productos sino también de los cuerpos (desde el verse, seducirse, hasta el intercambio sexual que Baudelaire identificaba como una de las funciones desarrolladas de la ciudad gracias a la existencia de lo público) y el simbólico; todo ello es posible por la existencia del concepto de la calle.

La expresión coloquial «hacer la calle», que se refiere al intercambio de servicios corporales propuesto por la prostitución, y el término legal «mujer pública», con que se alude a las prostitutas, son conceptos inevitablemente ligados a la idea de la calle.

«Hacer la calle», en el sentido de proyectarla y construirla, no fue sólo un objetivo específico del pensamiento y de la práctica arquitectónica, sino una tarea política, casi una razón de Estado.

La arquitectura sola no hace la calle; ha tenido la dificultad de pensar, modelar o proyectar el vacío salvo como aquello definido por una piel envolvente. Pareciera que la arquitectura no hizo la calle, más bien la deshizo.

Actualmente, podemos llamar poscalles a los elitistas *front-rivers* de Puerto Madero, a los reductos artificiales de los *shoppings*, a la regresión urbana romántica de los barrios cerrados o a los enclaves de los parques temáticos, los hipermuseos o los grandes centros comerciales periféricos. En casi todos ellos no sólo no hay calles sino que no hay ciudad, sólo islas dispersas en los archipiélagos territoriales, segregadas del entorno y conectadas de manera segura. Los enclaves tradicionales de tipo popular se transformaron en guetos sofisticados que se articulan mediante corredores.

Se han descalificado el espacio público y la calle en favor de la conveniencia de consumir espacios de gestión privada, en los que no se constatan las penurias de aquéllos, como la falta de seguridad, la suciedad, la carencia de iluminación, lo deficitario del transporte público, la congestión vial, la ausencia de suficiente estacionamiento, entre otras. Se nos ha inducido a abandonar las calles por peligrosas y faltas de estímulos.

El sociólogo Richard Sennet (1978) preconiza la necesidad de reconstruir la identidad y la subjetividad volviendo a *callejear* y exigiendo de los poderes locales la necesaria atención para hacer posible un modo de vida que por social sea público, no confinado en el unilateral contacto con el mundo que garantizaría la televisión, Internet y los *deliveries*.

El antropólogo Néstor García Canclini afirma que un habitante medio urbano de México DF consume hasta diez veces más tiempo televisivo que uno de Bruselas y que esto tiene que ver con la disminución creciente de alternativa de vida social en la espacialidad pública real de las ciudades. Se ha trocado ilusión mediática por realidad urbana.

Se podría plantear una cualificación de calles para indagar posibilidades de rescate y re-desarrollo del carácter condensador de lo público, que las calles tuvieron y podrían volver a tener en relación con la calidad de vida de las ciudades (la siguiente enumeración es meramente ilustrativa).

La *calle temática* es en la que predomina cierta homogeneidad de localizaciones, sobre todo comerciales, tradición que proviene del agrupamiento corporativo y solidarista medieval. Por ejemplo, en Rosario, calle San Luis, donde están los comerciantes judíos y árabes; la calle Maipú de joyeros; la calle Santa Fe de sucursales bancarias; San Martín, calle de venta de repuestos. Algunas calles devienen en áreas temáticas receptoras de cierta dispersión y acumulación de localizaciones diferenciadas (áreas de cantinas de pescados sobre el río). El concepto de *calle temática* acoge nuevas modalidades de consumo, como calles *outlets*.

La *calle étnica* es la que ha sido receptáculo de un grupo específico de la sociedad, generalmente minoritario, que buscaba seguridad y ayuda mutua en estas instalaciones (judíos, árabes, coreanos), y que generó áreas de homogeneidad caracterizada por el predominio del grupo instalado; por ejemplo, calle San Luis en Rosario. La *calle emblemática* concentra la identidad de una ciudad, es significativa del modo de ser o de la idiosincrasia de una determinada sociedad urbana; por ejemplo, Boulevard Oroño.

La *calle histórica* es la que recoge alguna referencia documental de la historia de un país o de una ciudad. La Avenida de Mayo es un ejemplo de un *topos* denso de historia; allí se conformó el primer *boulevard* porteño, se colocó el primer ascensor, o se previó instalar un elevador ferroviario. En Rosario, está la calle Córdoba con la Catedral y la plaza 25 de Mayo.

La *calle microhistórica* es la que tiene que ver no con una historia grande sino con la pequeña, barrial. Su sentido es casi privado para sus habitantes, conocedores de historias secretas o mitos barriales. Podríamos citar aquí al barrio Pichincha en Rosario.

La *calle peatonal* está signada por la característica del paseo, de comercios y cafés.

Son calles que resisten su remisión al desván del recuerdo virtual. Calles que fueron hechas sobre la base del tiempo y de la acumulación de pequeños y grandes gestos, muchos ni siquiera imaginados por los arquitectos. Calles como lugar de convalidación colectiva.

Construir en el espacio público se introduce en la esfera del hacer y en la necesidad de reflexionar sobre el cómo hacer. Los trabajos en el espacio público y su materialización arquitectónica demuestran que es posible hacer más con menos, que la austeridad formal y material tiene hoy valor de compromiso ético con la sociedad.

De modo que una buena manera de ser arquitecto y a la vez crítico del aplanamiento de la cultura con que la globalización nos homogeneiza para abajo sería, justamente, «hacer la calle»: analizarla, proyectarla, revitalizarla. En el marco de un desarrollo predecible y ordenado de la ciudad, la calle no puede dejar de ser un factor de eficiencia funcional generador de calidades ambientales deseables o de integración entre actores sociales diferenciados.

La riqueza y variedad de experiencias que ésta propone vuelven a plantear el problema de cómo articular en un sentido colectivo la diversidad de lugares urbanos que la arquitectura, la planificación y el diseño deberían conjugar en beneficio de los intereses comunes.

Se debería diseñar y poner en marcha un conjunto de operaciones físicas e institucionales bajo la forma de un programa ejecutivo que integre:

- Un plan urbano ambiental.
- Procesos de planificación participativa y gestión asociada a la protección patrimonial.
- Políticas de lanzamiento y estímulo de actividades recreativo-culturales.
- Control e intervención en la infraestructura física y en el mobiliario del espacio público.

Los planes urbanos ambientales podrían otorgarle el valor fundamental que tienen los espacios públicos: se debería poner en relieve la necesidad de crear nuevas zonas peatonales, ampliar veredas, reducir la polución visual, recuperar la costa para el uso público, crear nuevas áreas verdes, intensificar el arbolado, revalorizar el patrimonio construido, crear redes de ciclovías, trabajar las avenidas como centros comerciales a cielo abierto. Propuestas que podrían traducirse en políticas participativas.

Y es necesario rescatar la presencia del arte en los parques y paseos de la ciudad.

En la actualidad, hacer ciudad es ante todo hacer ciudad sobre la ciudad, hacer centros sobre los centros, crear nuevas centralidades y ejes articuladores que den continuidad física y simbólica, establecer compromisos entre el tejido histórico y el nuevo así como favorecer la mixtura social y funcional, para lo cual podrían tenerse en cuenta algunos criterios tales como:

- Efectivizar proyectos para resolver simultáneamente varios problemas. Cabe señalar que, por ejemplo, una ronda o vía perimetral sirve para la circulación individual y colectiva, recualifica los entornos urbanos, genera centralidades en los bordes, soporta equipamientos y espacios públicos, posee valor cultural.

- Proyectar en primer lugar el espacio público y articular ejes de continuidad física y simbólica entre los nuevos proyectos y la ciudad existente. Si los proyectos de arquitectura urbana no resuelven su relación con el entorno, no pueden considerarse acertados.
- Construir viviendas. Se deberían mantener viviendas en las áreas centrales e incorporar un porcentaje de superficie de vivienda en los proyectos urbanos significativos, aunque se presenten como áreas de nueva centralidad o parques empresariales de servicios. Las operaciones de vivienda deben evitar la homogeneidad social. La mixtura social produce más empleo, más equipamiento y más integración.
- Actuar en los bordes, en los antiguos barrios populares, en los ejes circulatorios, a partir de su posición estratégica; en las áreas obsoletas recuperables (industriales, militares, ferroviarias, portuarias) con el desarrollo de proyectos que formen parte de una estrategia urbana coherente, socialmente consensuada y sobre la base de una cooperación público-privada.
- Respetar la historia, la trama existente, la tradición cultural urbana de cada lugar.
- El sector público debe ser promotor, regulador, operador subsidiario y no simplemente controlador. Los grandes proyectos de reconversión urbana, deben contar con un programa público potente que abra brechas, que impulse operaciones ancla y establezca certidumbres y condiciones para los agentes privados. El mercado solo no hace la ciudad, ya que genera monopolios y rentas de posición. El sector público, por el contrario, puede desarrollar la ciudad utilizando el mercado.

Hacer ciudad es hacer cultura y comercio, términos histórica y etimológicamente vinculados. La ciudad es el lugar de los intercambios y de las identidades. La cualidad del espacio público es el valor esencial de la ciudad, en él se expresan, en su sentido más amplio y ambicioso, comercio y cultura. El lujo del espacio público no es lujo, es inversión económica y justicia social. Hacer ciudad es hacer cultura.

Creemos en la calle como lugar, mixtura, espacio colectivo y como referente cultural. Construir hoy ciudad es tener un proyecto de ciudadanía, ampliar el derecho al lugar y a la movilidad, a la ciudad refugio y a la identidad local, al autogobierno y a la diferencia, a la igualdad jurídica de cada residente y a la proyección exterior. Los progresos sociales no empiezan sólo en las instituciones, sino más bien culminan y se materializan en políticas que se formalizan en ellas.

Habitar en el espacio público es complejo, ya que sólo a partir de la apropiación social, de que sean vividos y usados, los mismos adquieren su verdadera dimensión. Aquí aparecen las conflictividades sociales, las tensiones entre lo público y lo privado. El espacio público se transforma cada vez más en el escenario crítico de una sociedad de consumo masificada y excluyente.

La ciudad se presenta como escenario de la cultura y sus espacios públicos como marco para la conformación de identidades y la construcción de la trama social.

América Latina tiene una larga tradición de expresiones de la cultura popular urbana, desde las artesanías y tecnologías apropiadas hasta la alimentación, los ritos, las fiestas, las formas de intercambio, el consumo y otros modos de uso del espacio público. La calle, junto con la plaza del mercado, constituye el escenario protagónico de la vida cotidiana con vigencia continua hasta el presente.

A esta tradición sostenida se suman, al calor de las políticas neoliberales, una serie de factores de acelerada degradación y el caos urbano que complejizan esa apropiación del espacio público.

El sector informal es el que se apropia de las calles y de las plazas para vivir y sobrevivir en la ciudad. Estos nómadas urbanos lo hacen como pueden, con la precariedad, la necesidad, la desesperación, la astucia y el desafío que les imponen el desempleo y la economía formal del neoliberalismo avasallador.

Debería considerarse la dimensión cultural, el carrito del verdulero, la bicicleta del afilador, el panadero. Hoy sólo quedan, de esos ambulantes movilizados, el sodero y los *deliveries*, que son más tolerados que los cartoneros o los comerciantes de tablón.

Dado que el territorio del comercio informal es la vereda y la calle, se debería atender el uso racional de los vendedores ambulantes, repensar esos espacios y garantizar sitios estratégicos de compra-venta. El diseño industrial, la arquitectura y el planeamiento, junto con políticas de justicia social, deberían aportar un plus al diseño, como lo tuvieron la caravana de los turcos, persas, los mercados coloniales y las ferias artesanales.

Las yuxtaposiciones, combinaciones y encuentros de personas y actividades, crean la condición de fluidez social que rompe las estructuras claramente delimitadas. A medida que estos encuentros, fortuitos o no, se multiplican y proliferan, se disuelven algunos límites establecidos y salen a la luz posibilidades sociales que nos muestran cómo lo trivial y lo marginal pueden otorgar nuevas alternativas para implementar políticas.

Cuando la calle está habitada posibilita los intercambios. El mayor desafío de una gestión es crear, con y desde los habitantes, los contenidos que contribuyan al crecimiento de una comunidad y transformen a los individuos en ciudadanos.

A MODO DE CIERRE

Reflexionar sobre el espacio público nos obliga a pensar el espacio como recurso, como producto y como práctica política, social y simbólica.

Seguimos creyendo en el desafío que propone el espacio público en dos dimensiones, como elemento ordenador y polivalente, como lugar de intercambio y de vida colectiva, y como elemento de continuidad, de articulación de las distintas partes de la ciudad, de expresión comunitaria, de identidad ciudadana.

Debemos articular el mundo académico y la gestión pública no para desarrollar proyectos o encargos profesionales sino para ocupar el lugar de las ideas, de las propuestas, del pensamiento, de la generación del conocimiento y la reflexión. Se debe convocar a la Universidad como espacio de reflexión y de saber. Pensamos quizá, que la utopía que necesitamos implica la educación y la investigación, y así revolucionar las prioridades.

La ciudad es uno de los mayores escenarios de la cultura de la humanidad y, a la vez, uno de sus productos más complejos. Las ciudades, así como la comunicación, son los espacios claves en la construcción de la trama social y el marco más rico para la conformación de identidades.

Una buena gestión cultural debería humanizar la vida de los ciudadanos y de las ciudades y fortalecer la trama social que estructura su cotidianidad, dado que la cultura es una excelente mediadora de los conflictos urbanos. Deberían formularse políticas tendientes a aumentar y facilitar el acceso a la cultura a todos los estamentos sociales y disminuir así la marginación y la exclusión.

La multiculturalidad debe ser un punto de partida, fuente de riqueza que propicie el encuentro de las distintas voces y los pensamientos de quienes interactúan en la ciudad estimulando la diversidad y poniendo en tela de juicio la homogeneización de la cultura.

Es necesario anclar la cultura al concepto de territorialidad, utilizar el espacio público como articulador natural de la producción y de la apropiación de los valores simbólicos de la cultura por parte de la comunidad. Se trataría de posicionar a los sujetos en el centro mismo de la producción cultural.

Diferentes recursos ayudan a conectar los sectores público y privado con miras a la promoción cultural: exis-

ten alternativas de canje, sistemas de auspicio y publicidad que posibilitan un nuevo tipo de sostén para la realización de eventos culturales.

Estado y empresas entienden que estar ligados a la generación de un debate y una toma de conciencia sobre la cultura es la vía hacia un objetivo doble: la colaboración con la ciudad y su gente y la repercusión favorable en relación con sus propios fines, como instituciones sociales. Empresas comprometidas y Estados emprendedores satisfacen cierta expectativa social y se aseguran un marco de credibilidad y aceptación imprescindible para funcionar con eficacia.

Se preguntan los autores de *El fin de la expansión* (Gorelik y Silvestri, 2000): «*Se podrán producir nuevas estrategias capaces de hacerse cargo de la multiplicidad fragmentaria de la ciudad real desde una perspectiva que busque recuperar cierta tradición inclusiva del espacio público?*»

A esta pregunta tan vasta es casi imposible otorgarle una respuesta totalizadora en medio de la turbulencia actual, si bien es en las crisis cuando se produce la reflexión para encontrar nuevos caminos.

Los mismos autores citados anteriormente ensayan una observación: «*La modernización no tiene mano única*». Podemos pensar quizá, como dijimos, que la utopía que necesitamos implica la educación y la investigación. Necesitamos utopías y deberíamos revolucionar las prioridades.

Reflexionar sobre el espacio público obliga a pensar el espacio como recurso, como producto y como práctica política, social y simbólica.

Se trata de evitar que el uso del espacio y el tiempo empobrezcan la calidad de vida cotidiana, el desarrollo de la persona y de la vida en general. Cuidar que cada intervención respete estos principios básicos así como diseñar estrategias y proyectos para reforzar y hasta reinventar el tipo de ciudad que queremos.

La ciudad del deseo no es la ciudad ideal, utópica y especulativa, sino la ciudad que se quiere y reclama, mezcla de conocimiento cotidiano y de misterio, de seguridades y de encuentros, de libertades probables y de transgresiones posibles, de privacidad y de inmersión en lo colectivo. ■



BIBLIOGRAFÍA

GORELIK, Adrián, y Graciela, SILVESTRI: «Ciudad y cultura urbana, 1976-1999. El fin de la expansión», en ROMERO, José Luis y Luis Alberto ROMERO (directores): *Buenos Aires, historia de cuatro siglos*, Buenos Aires: Altamira, 2000.

HABERMAS, Jürgen: *The structural transformation of the public sphere: An Inquiry into a category of Bourgeois society*, Cambridge, Mass., Mit. Press, 1989.

JACOBS, Jane: *Muerte y vida de las grandes ciudades*, New York 1961, Madrid 1967.

LEFEBVRE, Henri: *Critique of everyday life*, Londres: 1991.

SENNETT, Richard: *El declive del hombre público*, New York, 1974. Barcelona 1978.